

La calle para el martes 11 de marzo de 2008  
Vicente Leñero, guionista  
Diario de un espectador  
por miguel ángel granados chapa

Vicente Leñero ha recibido, con justeza, los premios literarios más importantes, incluido el Nacional de ciencias y artes. Pero ya desde el año pasado ha comenzado a ser reconocida su tarea de guionista cinematográfico, en que también ha tenido una vasta carrera, que abarca ya más de treinta y cinco años. En 2007, el XII festival cinematográfico de Guadalajara le otorgó el Mayahuel de plata, por su tarea como escritor para el cine. Y la semana pasada se anunció la asignación en su favor de la Medalla al mérito cinematográfico que lleva el nombre de Salvador Toscano, preseña que se ha adjudicado a directores e intérpretes pero no todavía a autores de guiones. La entrega ocurrirá el 25 de marzo, en la ceremonia de distribución de los Arieles.

No será ese un escenario novedoso para Leñero, que ha recibido la estatuilla de la Academia mexicana de ciencias y artes cinematográficas en cinco ocasiones, por las cintas Misterio (Estudio Q), Mariana, Mariana; El callejón de los milagros, La ley de Herodes y El crimen del padre Amaro. La primera de esas películas mostraba la versatilidad del guionista, que trabajó con una novela de su autoría cuya anécdota transcurre en estudios de televisión, cuyo ambiente había sido también ya conocido por Leñero.

Francisco del Villar fue el primer director que invitó a Leñero a ser su guionista. En un solo año, 1972, filmó dos películas con el texto preparado por el escritor jalisciense: El festín de la loba y El monasterio de los buitres. Este filme resultó también de una obra previa del Leñero, Pueblo rechazado, que había a su vez marcado el inicio del autor en la dramaturgia.

Su debut cinematográfico lo colocó dentro de un elenco muy notable. La fotografía fue de Gabriel Figueroa, y en la cinta participaron Isela Vega, Pillar Pellicer, Gloria Marín, Rossy Mendoza y Betty Catania entre las presencias femeninas, y Augusto Benedico y el actor brasileño Milton Rodríguez entre los varones.

Su trayectoria en las letras mexicanas se había iniciado cuando triunfó en un concurso de cuento universitario. Obtuvo, en 1959, siendo estudiante de ingeniería en la UNAM, el primero y el segundo lugar. Ese resultado lo situó en la vida literaria muy tempranamente. La editorial de la Universidad veracruzana publicó su primera novela, La voz adolorida, que después sería publicada de nuevo con el título A fuerza de palabras, no por un capricho de un editor que necesitara presentar una obra nueva, no una reedición. En ese momento, al comenzar los sesenta, se hizo patente por primera vez la manía de Leñero de reescribir sus obras y a veces convertirlas en piezas distintas de las originales.

En 1963 debe haber causado la envidia verde de sus colegas en México y en América Latina, pues fue el primer autor de este lado del continente en obtener en España un premio importante y bien surtido de numerario. El motivo fue Los albañiles, que también sería más tarde obra de teatro y película, con guión suyo. No le ha costado realizar esta transformación por cuenta de otro, pues tiene claro que la tarea del director y la del guionista son por completo distintas. El cineasta, piensa, tiene una visión total de lo que será el producto cinematográfico, y el guionista pone su arte literario al servicio de esa idea, no de manera dócil y menos servil, pero consciente de la diversa magnitud del trabajo de cada quien.

Leñero ha practicado y triunfado también en el periodismo. Sus vivencias en el diario Excélsior, en la primera mitad de los años setenta, le dieron material para su novela Los periodistas, donde no hay apenas ficciones sino realidad cotidiana amasada con los instrumentos de la literatura. Más de una vez le han pedido que escriba el guión respectivo para hacerlo película. Sería un éxito. Tendría de todo.